

## **Enrique González Rojo, Hijo y Nieto de Poetas, Nació con la «Ponzoña Lírica» que Envenena a los que Escriben Poemas**

\*Vivía en una Biblioteca que Parecía Casa

\*Su Cuna Estaba Bajo la Enciclopedia Británica

\*Quiere Conocer al Padre Mítico que Murió muy Pronto

\*La Soledad Existencial Ocasiona Profunda Amargura

“Tuércele el cuello al cisne”, dice Enrique González Martínez, importante poeta mexicano de principio de siglo en uno de sus más bellos versos. Estrangúlalo hasta que muera para que deje de engañar con su vistoso plumaje, “él pasea su gracia no más, pero no siente el alma de las cosas ni la voz del paisaje”.

La verdad es que no ha muerto a pesar del esfuerzo de poetas y filósofos. Ayer apenas estaba ahí, adornando con su insultante arrogancia la mesa de la entrevista donde Enrique González Rojo, nieto de aquél y también poeta, luchábamos por arrancarle las alas de sórdido volar. Paseaba entre la gente golpeándole la cara, arrancándole los ojos, desbaratándole el cerebro, y lo hacía sin importarle, tomando a veces la forma de automóvil, otras de monstruoso camión y otra más las de edificio, aparador o convertida en multitud.

Enrique González Rojo comienza a hablar, pero el cisne hecho ruido y humo se traga sus palabras,

vuelve a intentarlo pero ahora el cuello del ave se le enreda en la garganta, no lo deja, parecería como si el animal adivinara la denuncia que el poeta abuelo hará en vez del poeta nieto. Los pulsos tiemblan, la guerra está declarada entre el silencio y la destrucción, sigue el cisne graznando a las neuronas hasta que un búho venido de un verso, escrito por el abuelo tal vez una noche, espante con su mirada el pertinaz cisne.

**“Mira al sapiente búho como tiende las alas,  
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas  
y posa en aquél árbol el vuelo taciturno...”.**

**“Él no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta  
pupila, que se eleva en la sombra, interpreta  
el misterioso libro del silencio nocturno”.**

-Como poeta, mi abuelo era una fracción del modernismo, pero contra el modernismo. Aunque estimaba a Rubén Darío decía que su obra y la de muchos seguidores era una literatura vacía, puramente decorativa y extrema. Mi abuelo combatió ese aspecto del modernismo, a favor de una literatura y una poesía que no se detuviera en la apariencia de las cosas, sino que fuera el fondo de ellas.

La infancia de Enrique González Rojo, transcurrió en su mayor parte bajo el calor afectivo e intelectual del abuelo, quien además de poeta o mejor dicho junto a

la poesía ejerció su profesión de médico durante 17 años. Sólo interrumpiéndola cuando ocupó los cargos de ministro plenipotenciario de México en Chile, Argentina, España y Portugal.

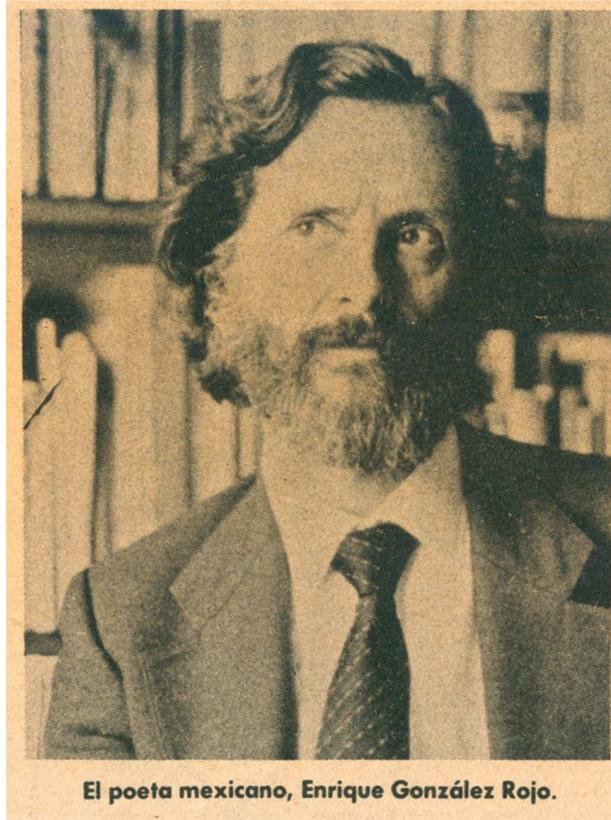
-Su carácter era fuerte pero al mismo tiempo dulce. Un hombre con mucho sentido del humor, muy trabajador, con inquietudes sociales, políticas, capacidad para autocriticarse, generoso. Le encantaba la conversación. Decía que lo mejor de la mesa era la sobremesa. Fumó durante años, pero un día decidió dejar de hacerlo, Aunque eso le costó ir a la cama una semana, lo hizo de manera tajante.

Dice que su abuelo tenía las costumbres características de un escritor: pasaba la mayor parte del tiempo leyendo, escribiendo, conversando con pacientes y amigos. Sus palabras me hacen pensar que él no escapa tampoco al prototipo del filósofo; usa barba, viste trajes oscuros, es tímido, distraído con la realidad inmediata pero hábil en el manejo de conceptos y situaciones existenciales.

-La imagen de mi padre está más diluida. Murió cuando yo tenía nueve años, por lo que tengo de él una idea más indirecta que directa. La mayor parte de la gente que lo conoció me da una imagen demasiado mítica, como si hubiera sido un hombre sin defectos. Sé que eso es una idealización y tengo la inquietud de ir al encuentro del padre real.

Su padre, Enrique González Rojo, pertenece como poeta al grupo de Los Contemporáneos: Gorostiza, Villaurrutia, Novo, Pellicer. La muerte, no siempre

oportuna le sorprendió cuando su obra apenas maduraba, quedando como el más olvidado autor de aquella generación.



-Me anda rondando en el cerebro la idea de escribir un poema al que titularé "Viejo Padre", será un encuentro con el padre no mítico sino con el de carne y hueso. Tengo apetito de conocerlo.

El crítico literario Francisco Zendejas dijo en alguna ocasión que Enrique González Rojo, hijo, representará cien años de poesía porque su primer libro se publicaba exactamente un siglo después del nacimiento de su abuelo, 1871 al 1972.

-Nací en un ambiente cultural, se puede decir que mi casa era una enorme biblioteca con casa y no casa con biblioteca. A mi nacimiento le envuelve una anécdota que resulta casi simbólica. Mi cuna estaba debajo de

un enorme librero y en uno de los anaqueles superiores descansaba la Enciclopedia Británica. Por fortuna mi madre me tomó en brazos para darme el pecho y me llevó a otro cuarto. En ese momento hubo un gran temblor en México, varios volúmenes de la enciclopedia cayeron en mi cuna quedando totalmente cubierta. Eso me hace pensar que estuve a punto de ser víctima de un enciclopediazo.

Enrique ríe de buena manera por la ocurrencia, en realidad pocas veces escapa de sus labios la sonrisa, la lleva siempre consigo, tratando de que la intención de sus palabras no pierda amabilidad.

Desde muy chico me dedicaba como ratón de biblioteca a hurgar los libros. Hubo un momento en que yo sabía mejor que mi abuelo su ubicación. Tuve la fortuna de nacer en condiciones muy propicias para los intereses intelectuales. Cuando murió mi padre, mi madre pensó y pensó bien que estaría mejor con mi abuelo porque me ofrecía mejores posibilidades para mi educación. Ella partió durante una temporada a Estados Unidos donde después de algunos años contrajo matrimonio con una excelente persona.

Por primera vez la mirada del poeta entristece y la avienta al caos de la calle para que yo no la percate.

-En cierto modo yo me quedé sin padre y con una madre ausente, pero mi abuelo sustituyó a la imagen paterna con creces, estableciéndose a pesar de la diferencia de edades una relación íntima y cordial. El sentía que si bien había perdido el hijo querido, este hijo había resucitado en mí.

Esta idea se reafirmaba cuando el abuelo encontraba al nieto escribiendo poesía recostado en el suelo de la biblioteca, debajo de los libreros como si su sombra fuera a cobijarlo de inspiración.

-Mi abuelo llamaba a la poesía "la ponzoña lírica". Tú tienes esa ponzoña, me decía y es que hacer versos es algo muy bello pero también muy doloroso, lo envenena a uno.

La muerte de su padre lo dejó dividido, adolorido por una herida que marcó el antes y después.

-Cuando vivía con mis padres era un niño travieso, muy inquieto, poco reflexivo y poco meditativo. Sentimental sí pero dado a los juegos y a las cosas festivas. Al morir mi padre se produce en mí un cambio. Me descubro tímido, retraído, tartamudo. Poco a poco me fui reponiendo con la ayuda de mi abuelo. Descubrí la lectura, decidí hablar más pausadamente y me convertí en una persona nuevamente jovial.

En la carencia de afecto paterno y materno, Enrique conoce la soledad. La ha visto, palpado, degustado, sabe cómo es el ardor de la piel cuando sus garras penetran.

-La soledad es un tema que me interesa desde el punto de vista existencial y poético. Pienso que vivir es tenérselas que ver con la soledad. Mis primeros encuentros con ella fueron en la niñez y en la adolescencia. Fueron encuentros tan dolorosos que todas mis actividades y mis relaciones tiene como telón de fondo el protegerme de su amenaza. A la

soledad circunstancial se la elige pero cuando se tiene la existencial se vive en una profunda amargura.

La seca figura de Enrique González Rojo tiembla al decir que teme a la soledad. El tema nos lleva como inercia a lo religioso; quiero saber si él como hombre solo y como poeta y filósofo se ha sentado alguna vez a lado de Dios.

-Me eduqué en una familia liberal, hasta me atrevería a decir jacobina. La gran excepción fue mi bisabuela paterna. Mujer inteligente, severa, rígida moralmente, una católica muy sincera y concedora de su religión. Mi abuelo fue un producto de la inquietud mística de mi bisabuela. Hizo caso a su madre en lo que se refiere a estudiar en un seminario, pero como al mismo tiempo estudió medicina, el contacto con las ciencias naturales lo llevó a alejarse de la religión. Esto representó un duro golpe para ella. Mi abuelo no pudo evitarlo, él también era un hombre sincero y no podía fingir sentimientos religiosos que no tenía.

La bisabuela de Enrique llamó a su hijo al lecho de muerte para recriminarlo por última vez su claudicación religiosa.

A la hora de morir pidió con una voz tenue que todos sus parientes salieran del cuarto. Se quedó a solas con mi abuelo, lo tomó de la mano y le dijo: ¡mira Enrique como muere una mujer cristiana!. Mi bisabuela dió así el último suspiro.

A partir de entonces la imagen de la religión, el seminario y de la muerte de su madre no abandonaron al abuelo de Enrique quien, al igual que

la difunta, pero dentro de los agnóstico hacía de las suyas.

-El, lejos de volver a la religión, se fue separando cada vez más de ella, a tal grado que un poco antes de morir nos dijo a un tío y a mí: "Si yo solicito un sacerdote no me lo traigan, porque quiere decir que ya no estoy en mis cabales". Cuando llegó el momento de su muerte no se ocupó para nada del asunto religioso. Murió de una manera extremadamente lúcida: tomándose el pulso como médico que era.

Con esta testarudez murió el poeta Enrique González Martínez, siempre con su sabio búho al hombro y torciéndole el cuello al cisne. El símbolo de la inteligencia ha escuchado el final de su protegido y él también cierra sus grandes ojos, dejando que las afiladas plumas de la soberbia ave destrocen a la luz del día nuestros sentidos.

**Periódico "El Sol de México en los libros"**

**México D.F., Domingo 25 de Septiembre.**